

SEGUNDA SEMBLANZA
¿PUNTOS CLAVE DE UN BUEN PROFESOR?
A PROPÓSITO DE JUAN FELIPE GARCÍA SANTOS

ELENA BAJO PÉREZ

Feynman sostenía que la causalidad era inversa: no es que enseñase bien porque pensase con claridad. Al contrario: pensaba con claridad porque enseñaba bien.

(Mariano Sigman: *El poder de las palabras*, 342)

CUANDO EL PROFESOR GARCÍA SANTOS me dio clase de *Historia de la lengua española* y también durante bastantes cursos más (al menos, mientras estuvo a mi cargo uno de los grupos de prácticas de esa misma asignatura), sus calificaciones abarcaban, curso tras curso, desde la matrícula de honor hasta el menos cinco con flecha para abajo (-5 ↓), pasando por el displicente «aprobadillo» (*sic*), al que correspondía un 5 raspado. Era una época en la que, en cada asignatura, se recibía una papeleta con la nota obtenida y, aunque estas papeletas carecían de valor oficial, su recogida marcaba algunos de los momentos más emocionantes y estresantes de cada curso; *Historia de la lengua*, además, era una asignatura anual, de siete horas de clase a la semana y sin exámenes parciales: en aquellos años era, sin duda, la asignatura más dura de los cinco cursos de la carrera; y, pese a estas dificultades objetivas, el profesor García Santos, inmisericorde, llegaba a calificar con menos cinco con flechita para abajo. No había, además, nada que permitiera presagiar cambio alguno.

Pues bien, con el paso de los cursos, el profesor García Santos no solo abandonó por completo las calificaciones inferiores a cero sino, que –no sin sorprender muchísimo a sus antiguos alumnos– empezó a aprobar casi a todo el mundo. De hecho, cuando se jubiló, se podía asegurar que llevaba un par de décadas en las que quien suspendía con él incurría automáticamente en graves sospechas de desidia indisculpable y holgazanería crónica. Podría decirse que ejemplificó muy bien la

evolución según la cual *un profesor comienza siendo un león y acaba siendo un corde-ro*. Él se justificaba sin ningún empacho aduciendo que en una ocasión memorable había acabado por aprobar a alguien después de no sé cuántas convocatorias de suspensos consecutivos y sin que la persona en cuestión supiera mucho más que al principio, por lo cual había escarmentado y optado por reenfocar todo el asunto de las calificaciones.

Este cambio tan radical, sin embargo, no afectó en lo esencial a su forma de dar clase, que siempre fue la propia de un buen profesor; de hecho, de un profesor muy bueno, de modo que debe deducirse que la clave de la excelencia docente no puede depender del mantenimiento de un elevado nivel de exigencia. ¿De qué depende entonces? Esta es la pregunta fundamental, y su respuesta no es nada obvia: ¿es una cuestión de trabajo y constancia, de suerte, de habilidad, de casualidad? Para intentar responder a esa pregunta, hay que empezar reconociendo que hay tres... ¿cómo llamarlos?, ¿fantasmas?, ¿defectos?, ¿pecados?, ¿maldiciones? que amenazan a un docente durante toda su vida profesional: la autocompasión, la autocomplacencia y la autoindulgencia.

En un profesor con una vocación docente tan clara, no ha habido lamentaciones por la profesión escogida: todo lo contrario, no parece haber escatimado nunca esfuerzos para preparar e impartir las clases, pero, aun así, en la docencia la autocompasión es inevitable y casi insuperable en las temporadas de corrección de exámenes. El profesor García Santos se ha pasado su vida profesional teniendo que corregir muchísimos exámenes, tanto en asignaturas troncales como en optativas con varios cientos de alumnos matriculados. Por lo tanto, ha sufrido, convocatoria tras convocatoria, ese abatimiento desolador únicamente comparable al alivio que va aumentando progresivamente cuando se va acabando de corregir, pero que solo comienza a atisbarse cuando los exámenes que quedan sin corregir ya son menos de la mitad: ¿cuántas veces habrá contado el profesor García Santos los exámenes que le quedaban por corregir?, ¿cuántas veces habrá puesto juntos los dos montones, el de los ya corregidos y el de los pendientes de corregir?, ¿en cuántas ocasiones se habrá propuesto corregir tantos cada día, cada mañana, cada tarde, para comprobar que casi nunca lo lograba? El caso es que ha corregido muchos miles de exámenes, muchísimos, y nunca se ha abandonado a la tentación de diseñar exámenes tipo test ni nada por el estilo, y eso pese a su vista delicada y al hecho de que nada fatiga tanto los ojos como lo manuscrito (aparte de que no pocos exámenes parecen escritos para paleógrafos). A eso hay que añadir la corrección de trabajos de clase, de TFG, de TFM, de tesis. Hay algo heroico (por muy hiperbólico que parezca el adjetivo) en ser capaz de tomarse con la misma seriedad y el mismo cuidado la tarea de corregir, por muy distintas que sean las circunstancias personales, académicas y sociales. Y el profesor García Santos ha corregido a fondo hasta el final, sin cargarse de resentimiento, sin sentirse mártir de la docencia, y sin quejarse o quejándose

muy poco, por mucho que, como cualquiera, haya vivido la corrección como una «medio pesadilla» (palabras textuales suyas). Y hay que tener en cuenta también que, según otro axioma, que mi hermana mayor –muy buena maestra– me ha repetido decenas de veces, *un buen profesor no es el que se mata a trabajar, sino quien consigue que trabajen los alumnos*. Eso es muy fácil de defender, y muy sensato, pero la sobrecarga de trabajo de corrección cuando los alumnos son muchos es absolutamente inevitable. Un buen profesor con muchos alumnos es un profesor que por fuerza tiene que trabajar una barbaridad, sin escapatoria, y es mérito suyo no quemarse y mantener su dedicación y ecuanimidad pese a esa ingente cantidad de trabajo.

Claro que la cantidad de trabajo no lo es todo, ni mucho menos. Un buen docente tampoco debe abandonarse a la autoindulgencia ni a la autocomplacencia, que a veces resultan difíciles de separar: cuesta distinguir entre los defectos y las marcas de estilo de la propia docencia, pero alguien como el profesor García Santos ha mantenido siempre el centro de interés en la materia impartida y no en su propia persona, y ha convencido a todos sus alumnos, desde su propia convicción, de que el estudio de la lengua no deja de fascinarnos ni de desafiarnos jamás.

Buscando mayor precisión, debo reconocer que algo que siempre he envidiado de Juan Felipe es lo poco que se ha dejado condicionar a la hora de impartir sus clases por sus propios conocimientos (en extensión y en profundidad): nunca ha perdido de vista qué es lo esencial en cada asignatura, y que conste que eso resulta mucho menos obvio de lo que podría parecer, porque cuando se va sabiendo más de algo, se tiende a querer que los alumnos lo aprendan también, y es fácil volverse picajoso y tiquismiquis con esto. A él nunca le ha ocurrido, siempre ha tenido en cuenta que los estudiantes universitarios están al comienzo de su aprendizaje en la enseñanza superior y que lo importante es sentar bien las bases del conocimiento de cada materia y facilitar los instrumentos de análisis y comprensión; por eso en ninguna asignatura le ha sucedido que insensiblemente el tema 1 se le haya ido alargando curso tras curso, descompensando el temario entero, o que haya acabado confiriendo mayor protagonismo a un comportamiento lingüístico excepcional, periférico o anecdótico que a lo que consideraba central.

Otro rasgo que siempre me ha maravillado es su desprendimiento con los materiales facilitados al alumnado: con toda naturalidad, sin concederle importancia alguna, siempre ha difundido materiales propios muy valiosos, difíciles de preparar. Para él, el conocimiento (aunque proceda de un descubrimiento propio) es algo que hay que transmitir y el profesor es un eslabón en esa cadena de transmisión, y no hay por qué darse ínfulas de ninguna clase.

Muy típica también de su talante ha sido la continua demostración en las clases de una gran sangre fría (enseñar Historia de la lengua o Gramática exige buenos nervios), de un notable buen humor y, desde luego, de una ironía muy fina. Pero

nunca ha necesitado ridiculizar ni rebajar a ningún colega o especialista con quien discrepara, aunque sí haya llegado a mostrarse ferozmente sarcástico y sumamente displicente cuando alguna teoría no le ha merecido la más mínima aprobación. Siempre me ha dado la impresión de que ha sabido tomar lo mejor de cada uno de sus profesores y colegas, y olvidar todo lo demás. Ha conseguido tratar al alumnado con exquisitez y gentileza, sin llegar a mostrarse ni distante ni confianzudo; yo le recuerdo cordial, trabajador, organizado, explicando muy requetebién la nada fácil fonética histórica y siendo muy consciente de las dificultades a las que nos enfrentábamos al estudiar su materia, casi hasta incurrir en el paternalismo; para mí, tenía esa capacidad (típica de la gente de pueblo espabilada) para entender las cosas, las situaciones y las personas desde fuera y desde dentro; cualquier teoría que nos explicaba (hasta las más estrambóticas) se nos hacía inteligible: a Juan Felipe le rodeaba cierta aura de comprensibilidad.

En resumen: Juan Felipe García Santos siempre ha sido un profesor implicado (aunque sin propensión alguna a la sobreactuación) y ha preparado sus clases una a una, concediéndoles por separado igual atención, empeñándose todos los días lectivos de su vida en sacar adelante cada clase: quizá la clave está ahí, en el hecho de que no hay dos clases iguales ni dos grupos idénticos de alumnos. En sus propias palabras: «Yo, el primer día (y hasta el último curso) les decía a los míos: los libros son una cosa muerta y un *power point*, una cosa muerta. Yo no quiero explicar una explicación. Quiero, primero, que las palabras vuelen de mí hacia vosotros y de vosotros hacia mí sin que se interponga nada –que era, por cierto, el significado originario de *verba volant...* positivo para la palabra hablada frente a lo escrito– y quiero que veáis crecer de la nada una explicación y, para eso, no se ha inventado nada mejor que esa pizarra enorme que tenéis delante, detrás de mí». Quien, como Juan Felipe, se enfrenta así a la docencia transmite esa singularidad, ese convencimiento de evento único que supone cada clase. Es como si el mecanismo de fondo de las buenas clases se asemejara al de los amaneceres y atardeceres: sean clases con algún extra o clases sin ningún relieve especial, día tras día llegan y pasan sin aspavientos, a pesar de que a veces sean del todo memorables y de que ni un solo día dejen de valer la pena.